

eISSN: 2387-1555

DOI: <http://dx.doi.org/10.14201/rea201972739>

TRANSICIONES EN LAS PRÁCTICAS DE CONSUMO EN LA SIERRA NORTE DEL ESTADO DE PUEBLA, MÉXICO

Transitions in Consumer Practices in the Sierra Norte of the State of Puebla, Mexico

María Leticia RIVERMAR PÉREZ

Maestría en Antropología Sociocultural, Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla

✉ lrivemar@gmail.com

María Eugenia D'AUBETERRE BUZNEGO

Maestría en Antropología Sociocultural, Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla

✉ engeniadaubeterre@gmail.com

Fecha de recepción: 25 de octubre de 2018

Fecha de aceptación: 29 de noviembre de 2018

RESUMEN: En este artículo documentamos transiciones en prácticas de consumo en la Sierra Norte del estado de Puebla, en el centro de México. En el trasfondo de esos cambios está la desarticulación de la producción cafetalera y el giro de la economía local hacia actividades terciarias. Las nuevas formas de consumo están asociadas a la generalización del trabajo asalariado y no asalariado dentro y fuera del país vía remesas, la dotación de subsidios individuales a la pobreza extrema y a nuevas formas de endeudamiento que posibilitan la adquisición de bienes manufacturados como marcadores de distinción.

Palabras clave: Puebla; México; prácticas de consumo; desarticulación de la agricultura; salarios y remesas; subsidios a la pobreza.

ABSTRACT: In this article we document transitions in consumption practices in the Sierra Norte of the state of Puebla in Central Mexico. The disarticulation of coffee production and the reorientation of the local economy toward tertiary activities form the historical context of these changes. New patterns of consumption are associated with the generalization of waged and non-waged work within and outside of the country, individual subsidies for extreme poverty and new forms of debt that have made possible the acquisition of manufactured goods as markers of distinction.

Keywords: Puebla; Mexico; consumer practices; disarticulation of the agriculture; salaries and remittances; subsidies for poverty.

I. Introducción

En el trayecto entre Chila Honey y Pahuatlán de Valle proliferan pinos, acotes, encinos, cedros rojos y helechos, especies características del bosque mesófilo. Súbitamente, en un recodo de la sinuosa carretera, que en su descenso se adentra en la sierra, sorprende al viajero el improvisado basureo municipal a cielo abierto. Se confunden en una montaña de basura restos de toda índole: pañales y toallas sanitarias, bolsas, empaques de alimentos procesados, juguetes desvencijados; destacan en este amasijo latas de gaseosas y cervezas y envases de agua. Desechos y, para quienes los comercializan, fuente de ingresos: la basura será clasificada, reciclada y vendida por los pepenadores que laboran en el basurero. El incesante amontonamiento de desechos es muestra de prácticas de consumo instaladas en las últimas décadas entre los habitantes del municipio de Pahuatlán, situado en la parte noroccidental de la Sierra Norte del estado de Puebla, en el centro de México.

Nos referiremos en este trabajo a un consumo ampliado y contradictorio teniendo en cuenta que las poblaciones mestizas e indígenas —otomíes o *ñabñús* y nahuas— que allí residen integran las estadísticas nacionales de los llamados «pobres extremos»: 32 de las 34 localidades de este municipio, incluida la cabecera, ostentan un grado de «marginación alto» y dos de ellas «muy alto» (SEDESOL, 2015). Por esa razón, en 1997,

San Pablito Pahuatlán, asentamiento otomí, fue una de las primeras localidades con muy alto grado de marginación incorporada al Programa de Educación, Salud y Alimentación (PROGRESA)¹.

Este programa con cobertura federal, puesto en marcha bajo el sexenio de Ernesto Zedillo (1994-2000), consolidó una nueva forma de relación de los campesinos e indígenas con el estado, otrora pequeños productores integrantes de la categoría de campesinos, «hijos predilectos del régimen» como los nombrara WARMAN (1972), destacados actores del estado corporativista posrevolucionario. Con la avanzada neoliberal en las postrimerías del siglo XX, estos segmentos de la población rural mexicana pasaron a engrosar las filas de los «pobres extremos» y, como tales, devinieron en objetos legítimos de intervención y regulación desde arriba (D'AUBETERRE y AYALA, 2011: 106).

Los profundos cambios en el régimen de acumulación (HARVEY, 1990) y con ello la desarticulación de las condiciones de vida de las poblaciones rurales del centro del país, resultaron del viraje de la política económica del estado mexicano hacia una creciente liberalización. Giro iniciado en 1986 con la incorporación de México al Acuerdo General de Tarifas y Comercio (GATT, por sus siglas en inglés), que prosiguió en 1992 con la reforma del artículo constitucional 27 y la aprobación de una nueva ley agraria y en 1994 con la firma del Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN) (FITTING, 2011; RUBIO, 2008; ESCALANTE, 2007; APPENDINI, 2001).

En aquellos años, el gobierno clasificó a los productores rurales en base a su rentabilidad: 1.1 millones de productores de subsistencia fueron catalogados como «no sujetos de créditos», asignándoles subsidios del Programa Nacional de Solidaridad (PRONASOL). La restructuración de Banrural, institución estatal que durante años refaccionó a estos productores, corrió paralela a la privatización a lo largo de diez años de 743 empresas estatales estratégicas que canalizaban subsidios y asesoría técnica a los campesinos y promovían la comercialización de su producción. Entre estas empresas destacan la Compañía Nacional de Subsistencias Populares (CONASUPO), la Productora Nacional de Semillas (PRONASE), los Almacenes Nacionales de Depósito S.A. (ANDSA), Fertilizantes Mexicanos (FERTIMEX), el Instituto Mexicano del Café (INMECAFE), Tabacos Mexicanos (TABAMEX) y Azúcar S.A. (SINQUIN, 2006; CALDERÓN y RAMÍREZ, 2002). La privatización y la apertura comercial propició la crisis de medianos y pequeños productores rurales, básicamente orientados al mercado interno, y profundizó la dependencia alimentaria del país. Las importaciones de maíz, símbolo emblemático de la «mexicanidad», de acuerdo con la definición de FITTING (2011: 3), se duplicaron entre 1993 y 1998 y se incrementaron 50% en 1999 (CALDERÓN y RAMÍREZ, 2002). Se sentó así una dependencia sin precedentes de las importaciones que condujo a una pérdida de soberanía alimentaria. «La sustitución de la producción nacional por la importada se manifiesta en el hecho de que, mientras en 1990 sólo 19.8% del consumo nacional de granos básicos provenía de las importaciones, ya para 2006, 31.5% era importado» (RUBIO, 2008: 38).

En la Sierra Norte de Puebla esta reorganización dislocó las condiciones de reproducción de caficultores minifundistas y de productores de auto-subsistencia; en paralelo, exacerbó la liberación de fuerza de trabajo. En este artículo documentaremos transiciones en las prácticas de consumo en el municipio de Pahuatlán asociadas a ese proceso. En el trasfondo de esos cambios en una región de añeja vocación agrícola destacan la

¹ Es el nombre que en México reciben los Programas de Transferencias Monetarias Condicionadas, que iniciaron su funcionamiento en América Latina entre 1990 y 2000. Considerando que cubren al 25% de la población en México, su costo es muy bajo: menos del 0.6% del PIB. Aunque estos programas han reducido la pobreza, no han logrado reducir la desigual concentración de la riqueza ni revertir la baja movilidad social y la transmisión generacional de la pobreza (SALGADO, 2016).

desarticulación de la producción cafetalera y el giro de la economía local hacia actividades terciarias y la generalización del trabajo asalariado y no asalariado dentro y fuera del país. En las siguientes páginas damos cuenta de esa desarticulación y reparamos en nuevas formas de consumo asociadas a la afluencia de remesas procedentes de Estados Unidos, en su mayoría de Carolina del Norte, así como en la creciente dependencia de los hogares de salarios, subsidios individuales a la pobreza y a viejas y nuevas formas de endeudamiento que hacen posible la adquisición de bienes.

Nuestro análisis se basa en información etnográfica recabada durante más de una década de trabajo de campo en el referido municipio y en dos incursiones a la ciudad de Durham, en Carolina del Norte en 2013 y 2015. Recuperamos además información arrojada por una encuesta aplicada en 2010 a 10% de los hogares de la cabecera municipal, Pahuatlán de Valle, en el marco de un proyecto de investigación CONACYT (#CV-22008-01-00102222) que se propuso indagar los nuevos procesos de proletarización en cuatro comunidades del estado de Puebla de reciente migración. Nos decantamos por una etnografía histórica, propuesta de Roseberry que implica «[...] la necesidad de situar las prácticas locales o regionales que tienen lugar en determinado momento dentro de un marco más amplio y en la historia de largo aliento» (SMITH Y BINFORD, 2014: 7).

El artículo está conformado por cinco apartados. En el primero analizamos la dependencia de los pobladores de salarios, subsidios estatales y/o remesas como expresión del paso de los pahuatecos, en menos de una generación, por diversas actividades en respuesta a la incertidumbre y al perenne estado de sobrevivencia informal que los caracteriza. En el segundo hacemos un rápido recuento de formas de vida y consumo asociadas a la producción de piloncillo (endulzante derivado de la caña). En el tercer apartado referimos la instalación y desmantelamiento de la caficultura social, la masificación de la migración a Estados Unidos y su impacto en las prácticas de consumo de las poblaciones de este municipio. En el cuarto damos cuenta de prácticas de consumo asociadas a la caída de la migración internacional y diversas estrategias para paliar el descenso de las remesas. Cierran este artículo algunas reflexiones finales.

II. De productores a consumidores

Hasta el último tercio del siglo XX, el municipio de Pahuatlán abasteció al centro del país de mano de obra barata y productos con valor comercial, piloncillo y café. Al desmantelarse la producción agrícola (comercial y de subsistencia), los subsidios individuales a la pobreza extrema cobraron una inusitada importancia en la reproducción de los hogares. Además, las familias se allegan bienes y servicios mediante ingresos que reportan el trabajo asalariado, más o menos encubierto e intermitente, y actividades informales en la región y el interior del país. Desde principios de los 90, las remesas enviadas por los pahuatecos que trabajan en Estados Unidos apuntalan también el consumo de un número considerable de hogares instalando una nueva forma de dependencia (D'AUBETERRE y RIVERMAR, 2014^a).

La dependencia oscilante con respecto a salarios, subsidios y/o remesas, expresa que, tanto en términos individuales como familiares, los pahuatecos han transitado en menos de una generación por una serie de actividades en respuesta a la incertidumbre y al perenne estado de «sobrevivencia informal» que los caracteriza (GREEN, 2009). De acuerdo con NAROTZKI y SMITH (2010), planteamos que, bajo estas condiciones, al igual que las relaciones de producción y reproducción se vuelven más esquivas, las nuevas formas de consumo contribuyen a obscurecer relaciones de explotación. Con CARRIER y KALB (2015: xii) suscribimos la idea de que la clase no está muerta, no somos todos simplemente consumidores. Pensar que lo somos obedece en parte

a la disminución de la producción manufacturera a gran escala en las sociedades occidentales y, en contraparte, al crecimiento del sector terciario y a la financiarización de la economía.

En el caso de los trabajadores migrantes y de sus familias, la búsqueda de una distinción como clases medias a través del consumo está relacionada con la expectativa de una movilidad social ascendente dada por la educación y el trabajo en Estados Unidos. Detentan una posición social ambigua (KOFFMAN Y RAHGURAM, 2015: 19): ubicados en los peldaños más bajos de la configuración de clase estadounidense, en sus lugares de origen estos trabajadores enmascaran su condición precaria en Estados Unidos mediante la adquisición de bienes facilitada por la desigual paridad cambiaria dólar/peso mexicano, consumo ampliado que los identifica como «personas exitosas». La compra de terrenos para edificar casas, vehículos, teléfonos y electrodomésticos, ropa y calzado «de marca», alimentos procesados, bebidas alcohólicas industrializadas, juguetes de última generación, apuntalan una diferenciación y la ilusión de que «[...] el consumidor es un actor que puede cambiar alguna situación por el acto de elección» (CASTELL, 2018: 82). Sus narrativas aluden al afán de dejar atrás las penurias alimentarias y las vergüenzas de llevar indumentarias sencillas, zapatos rústicos que sus padres apenas alcanzaban a ofrecerles mediante el rudo trabajo invertido en huertas de inciertos rendimientos, en sembradíos de cacahuates o en milpas que acaso daban de comer; trascender, en su caso, los míseros salarios obtenidos en pequeños talleres de artesanías y fondas o bajo el mando de patronas que vigilaban sus faenas como empleadas domésticas. Experiencias injuriantes acumuladas de una a otra generación, identidades vergonzantes de las que prefieren no acordarse y tomar distancia en la procura de un mejor porvenir para sus hijos.

Con SENNET (2007 115) podemos decir que estos trabajadores, que se insertan en una economía fragmentada en Estados Unidos, mayormente en sectores informales o realizando trabajos no asalariados, cuyas vidas están marcadas por el temor a ser desplazados, infrautilizados o desechados, a quienes el neoliberalismo no les da «un relato vital en el trabajo ni les promete suficiente seguridad en el terreno público», son obligados a enfrentar el reto de vivir en un entorno inestable y fragmentado y de desprenderse del pasado. Todos estos rasgos generan un sujeto que se parece más a un consumidor, «quien, siempre ávido de cosas nuevas, deja de lado bienes viejos, aunque todavía perfectamente utilizables, [a los que el antiguo] propietario [vivía] celosamente aferrado [...]» (SENNET, 2007: 12).

Por su parte, aquellos que por edad, discapacidad física o excluidos por razones de género o falta de recursos para migrar y que no pueden ser absorbidos por el capital (LI, 2010) pueden, sin embargo, engrosar las filas de los consumidores mediante otras vías. Subsidios y apoyos especiales de micro financiadoras privadas, agencias consultoras y Organizaciones No Gubernamentales apuntalan a estos nuevos sujetos rurales, sea definidos por su «vulnerabilidad», sus capacidades diferenciales o rehabilitados mediante políticas de reconocimiento que celebran la diversidad cultural.

En fin, una sucesión de programas emprendidos por el gobierno mexicano desde hace más de 30 años, que hacen parte de «una política compensatoria» del estado hacia aquellos sujetos del México rural contemporáneo, fragmentados como «pobres extremos», artesanos, músicos o que ostentan alguna habilidad distintiva. Interpelados ya no como campesinos o pequeños productores, sino como estudiantes, adultos mayores y artesanos emprendedores, capaces de activar sus capitales culturales y humanos, se alienta en ellos la fantasía de que con el esfuerzo personal y familiar pueden alcanzar el desarrollo y el bienestar prometidos (CARRERA, 2015: 127).

III. Producción agrícola. conexiones regionales y consumo

Inserta en circuitos comerciales que desbordaban sus confines territoriales, la cabecera del municipio de Pahuatlán fue uno de los nodos de una región agrícola en la que se articulaban ciudades y pueblos del altiplano central del estado de Hidalgo con zonas bajas de la Sierra y las planicies veracruzanas. Desde tiempos coloniales hasta la primera mitad del siglo XX, la economía política local estuvo dominada por la producción de caña de azúcar y la fabricación de piloncillo, en declive hacia los años 60 a consecuencia de siniestros climáticos y el agotamiento del mercado. En nuestros afanes de documentar etnográficamente las condiciones en las que emergieron los primeros flujos hacia Estados Unidos en el municipio y su progresiva provisión de mano de obra a la economía estadounidense, entrevistamos entre 2007 y 2008 a hombres y mujeres que rondaban los 80 años de edad. En esa cohorte generacional se acumularon novedosas experiencias como trabajadores agrícolas temporales en el suroeste del vecino país. Gracias a sus recuerdos, fotografías y diversos objetos atesorados, pudimos reconstruir formas de vida y consumo, así como las conexiones de la cabecera municipal con un entorno más amplio y procesos desencadenados por el progresivo giro hacia una economía orientada al exterior. Recuerdan que en esa villa mestiza se concentraban los productos agrícolas de la región, de donde se transportaban al centro del país. Agiotistas, acaparadores, comerciantes, medianos y grandes propietarios se repartían los mayores beneficios. La actividad comercial que giraba en torno al piloncillo, sumada a las ganancias que reportaba la pequeña manufactura y la producción mercantil de bienes de consumo que abastecían la demanda local y de municipios colindantes, permitieron el amasamiento de pequeñas y grandes fortunas hasta los años 70 del pasado siglo por una pequeña elite.

Al mercado dominical iban a placear pobladores y comerciantes de las partes altas de la Sierra que demandaban, además de la panela para la fabricación de aguardiente, huaraches, zapatos, sillas de montar, correas, coas y demás herramientas para el trabajo agrícola y avíos para las bestias de carga, artículos elaborados en la villa o transportados de otras zonas. De las partes altas de la Sierra procedían los insumos necesarios para la fabricación del dulce y actividades conexas; desde Metepec, en el altiplano hidalguense, transportaban los arrieros tambos de petróleo, alimento de las lámparas que iluminaban las noches de los peones en los trapiches, y el pulque proverbial que alegraba los días de la peonada. De Tlacuilotepec y Tlaxco, municipios ganaderos vecinos, venía la carne y las pieles de vacuno que abastecían a talabarteros y las tenedurías del lugar.

Los arrieros y el ferrocarril fueron protagonistas claves en la historia económica de la primera mitad del siglo XX, pilares del próspero negocio del comercio del piloncillo. Arrieros y furgones de ferrocarril trasegaban mercancías entre Pahuatlán, la capital del país y otros puntos intermedios controlados por un puñado de comerciantes pahuatecos y bodegueros de la vecina población de Honey que, a la vez, surtían la demanda de los artículos manufacturados procedentes del centro del país.

Los comerciantes eran don R. C. y don J. H. Esas personas mandaban sus productos en bestias a Chila Honey, piloncillo, café, plátanos, piñas. Ahí tenían bodegas donde lo almacenaban. Ya cuando tenían diez, veinte o treinta toneladas pedían un furgón de ferrocarril, lo llenaban y lo mandaban para México. (Don C. C., 77 años, ex bracero, chofer y comerciante, Pahuatlán, junio de 2008).

El 15 de junio de 1949 entró el primer autobús de pasajeros a Pahuatlán, inaugurando el servicio que acercaba a los pahuatecos a la vecina ciudad de Tulancingo, en el estado de Hidalgo. Recuerda con precisión el mismo don C. que la mejoría de los estrechos caminos, una década después, facilitó la diversificación de mercados para la panela pahuateca: El piloncillo que se producía aquí en Pahuatlán, le andaban buscando mercado

los comerciantes. En Zacatlán había dos fábricas de aguardiente, de destilación continua. Uno era P. H. Él tenía una fábrica de aguardiente allá en Zacatlán, ahí llevábamos el piloncillo de Pahuatlán.

También me tocó llevar piloncillo de Pahuatlán a Ron Castillo, allá en México. Por allá llegábamos con los camiones a entregar el piloncillo (C. C., Pahuatlán, junio de 2008).

La bonanza del piloncillo llegó a su término a finales de los años 60. Se acumularon los efectos de una sucesión de contingencias climáticas: las lluvias torrenciales del huracán Jeannette que casi arrasaron con los poblados de esta parte de la Sierra en 1955 y, años más tarde, la fuerte nevada del año de 1963 que «quemó como lumbre» todos los cultivos de la zona, fueron evocados por los entrevistados. Pero la estocada que aniquiló a esta pequeña industria rural fue la ampliación del consumo de azúcar refinada producida industrialmente en grandes ingenios, los productores minifundistas locales no pudieron remontar la avanzada modernizadora. Hasta nuestros días, la panela es empleada para endulzar el café en algunos hogares, en la fabricación de dulces, panes y aguardientes destilados en rudimentarios alambiques. Eventualmente, en algunas tiendas del centro de la localidad pueden encontrarse «mancuernas» de piloncillo en miniatura que los turistas adquieren como *souvenirs*. Una producción francamente marginal del dulce coexiste con el aprovechamiento de la caña de azúcar como forraje.

IV. El desmantelamiento de la caficultura social y la masificación de la migración a estados unidos

Al desarticularse la producción cañera, la caficultura desplazó al negocio del piloncillo, dominando la economía regional hasta 1988. El desplome de esta actividad tuvo letales efectos en la economía de los hogares dado que el cultivo del aromático había reemplazado a la producción de autoconsumo y para la venta a pequeña escala (maíz, frijoles, garbanzos, cacahuates, hortalizas y frutales), que paliaba la frágil condición de estos productores minifundistas. En los 70 había iniciado sus operaciones en el municipio el Instituto Mexicano del Café (INMECAFE), agencia estatal que auspició la «caficultura social» (MACIP, 2005) en diversas zonas indígenas del centro y sur del país. El desmantelamiento del INMECAFE en 1988, en el contexto de la puesta en marcha de políticas económicas privatizadoras a las que ya nos hemos referido, no solo afectó a estos pequeños caficultores desprovistos de cobertura estatal para enfrentar oscilaciones en los precios, contingencias climáticas y dañinas plagas que los arruinan, sino que también golpeó a otros sectores no agrícolas de la economía local:

Yo me daba cuenta a través del negocio de mi padre, que aparte de la panadería vendía abarrotes, cómo el café influía mucho en la economía del pueblo de Pahuatlán y en todas las comunidades... Cuando la cosecha del café y el precio del café estaba bien a toda la gente le alcanzaba para vestir, para comprar de todo: carne, pan, todo eso lo movía el café. Cuando se vino una nevada y se quemó todo el café en el pueblo, eso fue lo que le dio para abajo al pueblo. El pueblo ya no hizo otra cosa más que mandar a sus hijos al norte, «aquí no hay futuro», decían (S., trabajador de la construcción, Durham, C.N., octubre de 2013).

La caída del sector agrícola se aprecia en la evolución de la PEA entre 1990 y 2010. En ese periodo el sector primario se desplomó alrededor de 20%, mientras que el sector terciario aumentó más de 7% a expensas del incremento de la informalidad y la proliferación de minúsculos negocios. Por su parte, el sector secundario se incrementó más de 12% (INEGI, 2010; 2001; 1992), crecimiento ligado fundamentalmente a la expansión de la producción artesanal. En 2010, solo el 19% de los jefes/jefas de la cabecera municipal encuestados declaró ocuparse en actividades agrícolas, 18% en los servicios y 15% en ventas. La pérdida de viabilidad de la agricultura local se evidencia en el decaimiento del mercado dominical de la cabecera, donde los puestos expenden

gran variedad de productos transportados desde la ciudad de Tulancingo, y en la disminuida oferta de productos locales. En buena medida este cambio obedece a que los consumidores pueden trasladarse más fácilmente a ese importante centro comercial dadas las mejoras de la infraestructura vial de la zona y el uso de automóviles particulares y de servicio público. El consumo de nuevos bienes resulta de la disposición de recursos monetarios vía ingresos obtenidos mediante el trabajo realizado en la Zona Metropolitana de la Ciudad de México u otros puntos de la región y el envío de remesas desde Carolina del Norte.

Cuando la gente regresaba del norte, traía tenis muy llamativos. Lo primero que hacías cuando te topabas con ellos era bajar la vista para ver qué tipo de tenis traía, si traía un Jordan, unos Nike, los que fuesen que no llegaban a México. Además, en el 88, cuando fue la apertura de la frontera para ingresar carros chatarra, ellos llegaban con camionetas, entonces los niños decían: «yo, creciendo, me voy, quiero traer una troca» (J., 51 años, extrabajador de la armadora de automóviles Volkswagen y dueño de una tortillería, Pahuatlán de Valle, julio de 2011).

En 2010, 45% de los 135 hogares encuestados contaban con al menos una persona con experiencia migratoria tanto a Estados Unidos como al interior de México, desplegada en los pasados quince años; 34% con migrantes nacionales y 14% con migrantes internacionales; solo en 7% de los hogares no se reportó migración entre sus integrantes (D'AUBETERRE y RIVERMAR 2014²).

En 2007, punto de inflexión de la migración de retorno en este municipio, la mayoría de los estudiantes de educación básica y bachillerato recibían la beca Oportunidades, hoy Prospera, que los dotaba en promedio de 945 pesos bimensuales (lo que equivalían a 86.53 dólares al cambio de agosto de 2007) que ingresaban a los hogares de la cabecera y pueblos. En nuestros días, las personas mayores de 65 años adscritas al Programa Pensión para Adultos Mayores reciben 1,209 pesos mensuales². Ambos programas están focalizados en la atención de los pobres extremos. La información es relevante si consideramos que los subsidios estatales, junto con los salarios y las remesas, son claves en la ampliación de la franja de consumidores de bienes básicos y «suntuarios», que homologan las prácticas de consumo locales a las de poblaciones urbanas «pobres». En el siguiente testimonio Javier, de 51 años, ex trabajador de la armadora de automóviles Volkswagen y dueño de una tortillería, relata la importancia de las remesas en la economía de Pahuatlán en los primeros años de la migración a Estados Unidos:

Los paisanos que estaban en el norte mandaban muchos dólares a sus familias. Con decirle que había más cola en la casa de cambio de don Mario que en mi tortillería, había más gente cambiando los dólares que comprando tortilla. Fue tanto el negocio que después vino a instalarse El Dolarín³. Esta empresa cayó, primero, por un asalto: abrieron ahí y se llevaron lo que había de dinero, forzaron las cajas. Después, entró la caseta telefónica con los envíos que hacían por Western Union (J., Pahuatlán de Valle, julio de 2011).

Por su parte, G., de 45 años, empleado durante algunos años en la Ciudad de México y dueño de una ferretería, recuerda que los propietarios de El Dolarín comentaban que alrededor de mil personas cambiaban cuatrocientos dólares mensuales, lo que hacía un total de cuatrocientos mil dólares.

² Según el Consejo Nacional de Evaluación de la Política de Desarrollo Social (Coneval), este apoyo económico es diez veces menor que lo que recibe una «pensión contributiva» del Instituto Mexicano del Seguro Social (IMSS) o del Instituto de Seguridad y Servicios Sociales de los Trabajadores del Estado (ISSSTE). Hecho que refleja la fragmentación en la cobertura y beneficio del sistema de protección social (Periódico La Jornada, 15 de octubre de 2018: 33).

³ Después de la quiebra de El Dolarín, don Mario y su esposa Elsa, propietarios de esta remesera, iniciaron en su casa un negocio informal de envíos y recepción de artículos de diversa índole: del sur al norte circula comida del terruño, ingredientes de la culinaria local y documentos oficiales para acreditar la identidad de los migrantes, en su mayoría indocumentados. Del norte llega ropa, calzado, celulares, tablets y juguetes.

De esos, obviamente, el 50% se ahorra y el 50% la gente lo usaba en el gasto. Como si tuviéramos aquí una fábrica que generara ese número de empleos (G., Pahuatlán de Valle, enero de 2008).

La concentración de remesas en San Pablito Pahuatlán, además de potenciar y mantener hasta hoy en día la capacidad de consumo de los hogares de ese pueblo otomí, ha repercutido en la economía de todo el municipio a lo largo de tres décadas, favoreciendo especialmente a comerciantes y prestadores de servicios de diversa índole. Se aprecian con claridad momentos de auge del consumo en fechas señaladas: los días de carnaval, el día de las madres, el inicio y la clausura del ciclo escolar, los días de Todos Santos y Fieles Difuntos y las fiestas decembrinas. Cuando decae el envío de remesas en esa localidad, la economía municipal se tambalea, mostrando su fragilidad y dependencia de los ingresos de los trabajadores establecidos en Estados Unidos que con esfuerzos asumen parte de la reproducción cotidiana y gastos para solventar imprevistos en sus hogares de origen. Los testimonios que aluden a esta incertidumbre guardan una gran semejanza con las narrativas de los informantes entrevistados que evocaban con un dejo de resignación los siniestros irreparables causados a las huertas por nevadas y granizadas y la masificación, a mediados de los 90, de un flujo migratorio a Estados Unidos, irregularizado, conformado por poblaciones disciplinadas por su paradójica condición de «indeseadas» dado su origen social, étnico, nacional pero, al mismo tiempo, indispensables para la valorización del capital (ALVAREZ, 2016).

Entre 1995 y 2005, años del pico de la migración a Estados Unidos en Pahuatlán, el mercado dominical fue recobrando parte de su importancia como sitio de abasto de los pobladores, también aparecieron nuevos negocios, entre los que destacan cafés internet, bares, cantinas, pequeñas fondas y tiendas, hostales para el turismo y cuartos para rentar a servidores públicos vecindados en el lugar. La flotilla de taxis creció exponencialmente como resultado de la inversión de los ahorros traídos de Estados Unidos en la compra de automóviles para servicio público. Contados fueron los retornados que utilizaron estos recursos para la reactivación de las huertas de café abandonadas años atrás. Casi todos los ahorros fueron destinados a la compra de terrenos y la remodelación o construcción de casas, lo que trajo aparejado un ciclo de auge efímero de la «industria» de la construcción local. Al respecto, J. señala que en aquellos años los hombres de la localidad de Paciotla se especializaron en el trabajo de albañilería. Las endeblas casas de bajareque o tablas de los pobladores rurales de los años 70, donde se resguardaban escasa ropa, calzado y enseres domésticos, celosamente cuidados y ordenados, que se usarían hasta que su desgaste obligara a desecharlos, han sido sustituidas por casas de hormigón y materiales de construcción industriales. En ellas se amontonan ahora muebles baratos, ropa, calzado, juguetes, utensilios domésticos y electrodomésticos de uso fugaz. Pareciera que, en cuanto estos artículos se adquieren, vuelve a despertarse el deseo de tener lo más novedoso, que sólo quienes reciben remesas o regalos enviados desde Estados Unidos pueden alcanzar. Vale la pena señalar que en estas transformaciones el tendido de redes de agua potable, electricidad y drenaje para el servicio doméstico jugó un importante papel. Estos servicios posibilitaron hacer mejoras en las viviendas, entre ellas la instalación —con frecuencia de manera improvisada— de baños que cuentan con wáter y regadera.

En San Pablito Pahuatlán, cuyos habitantes eran de antiguo productores de papel amate utilizado en rituales de curación, un puñado de artesanos devinieron en grandes fabricantes. Aprovechando el crecimiento de la demanda de artesanías en el contexto de la puesta en marcha de políticas multiculturales, dieron un giro a su producción. Los ahorros traídos del norte facilitaron la conversión de los patios domésticos en talleres en

los que se emplea fuerza de trabajo familiar y asalariada, en su mayoría conformada por mujeres y niños. Asimismo, en los años del auge de la migración, se incrementó la producción de bisutería elaborada con chaquira (D'AUBETERRE y RIVERMAR, 2014).

En suma, uno de los saldos de la efervescencia de la migración a Estados Unidos fue la inoculación de expectativas de abandonar la dependencia de la agricultura y de un salario en la localidad y mutar en «emprendedores» (LEM, 2007), propietarios de sus propios negocios. En la configuración de ese sujeto emprendedor el estado jugó un papel insoslayable al poner en marcha el Programa «Pueblos Mágicos». También han sido fundamentales en ese proceso las intervenciones de Organizaciones No Gubernamentales y agencias financiadoras orientadas a la promoción del turismo como vía de desarrollo mediante el emprendimiento de pequeños negocios, aprovechando habilidades que activen el capital humano y cultural de los pobres.

V. Consumiendo en época de crisis. contención de la migración a estados unidos y disminución de remesas

C., propietaria hasta hace tres años de una pequeña fonda en el centro de la cabecera municipal, hoy cultivadora de plantas de ornato para la venta y ayudante de su esposo en la venta de tacos en Tulancingo, le lleva el pulso a los cambios en las formas de consumo de sus paisanos: *«antes había servicio telefónico hasta en las comunidades y, ahora, todo eso lo han quitado las autoridades»*. El asunto no era menor dadas las necesidades de comunicación con los familiares establecidos por largos periodos en Estados Unidos debido al aseguramiento de la frontera y la criminalización de los flujos irregulares. La comunicación telefónica es imprescindible para mantener y reproducir vínculos con proveedores (hijos/hijas, maridos, padres/madres) a la distancia, sin cuyo apoyo monetario muchos hogares y comunidades transitarían hacia la senda de la pauperización. La cancelación de la telefonía rural fue resultado de la venta a Carlos Slim de la empresa estatal Teléfonos de México. Por otro lado, la extensión a lo largo y ancho del país de la red de telefonía celular permitió que los teléfonos móviles se convirtieran en poco tiempo en uno de los objetos más codiciados por la población rural, especialmente jóvenes. Las familias aprovechan la variada oferta de estos aparatos, el precio del adminículo en cuestión constituye sin duda uno de los marcadores de distinción. En los últimos años se han instalado en la cabecera municipal tres tiendas concesionarias de Telcel (compañía que domina este mercado), que además de poner al alcance de los consumidores estos bienes sin necesidad de desplazarse a la ciudad de Tulancingo, ofrecen todo el equipamiento que acompaña estos aparatos (carcazas, audífonos, aditamentos personalizadores).

La fluida incorporación de la migración a las operaciones del capital financiero global se sostiene mediante el aprovechamiento de las actividades que rodean a estos flujos de inmigrantes pobres, envíos de remesas, sistemas de préstamos, ahorros, consumo de telefonía y medios electrónicos para acrecentar sus ganancias (ALARCÓN, 2015; CANTERBURY, 2012), aun a pesar de los altibajos en la circulación de personas y del dinero remitido. La información proporcionada por una empleada del microbanco de la Asociación Mexicana de Uniones de Crédito del Sector Social A. C. (AMUCSS)⁴, que inició sus operaciones en Pahuatlán en 2003, muestra la disminución de las remesas en 2007, inicio de la crisis financiera y económica estadounidense que tuvo afectaciones a nivel planetario, la economía pahuateca no se libró de esa sacudida:

El último mes [julio de 2007] el microbanco gestionó 1,382 envíos por un monto promedio de 3,500 pesos cada uno, lo que da un total de alrededor de 3 millones de pesos. La mayoría de las personas que vienen por su envío son mujeres,

⁴ Estas agencias gestionan a bajo costo envíos desde Estados Unidos, ofrecen créditos blandos a sus asociados para promover proyectos individuales y comunitarios, además, promueven el ahorro de los cuenta-habientes.

más o menos 90%. El monto de los envíos no ha bajado, pero lo que sí ha bajado es el número de envíos. Antes gestionábamos envíos todos los días y ahorita nada más son dos días, los sábados es cuando llega más gente. Antes teníamos el 33% de San Pablito, el 30 de acá [la cabecera municipal], después Zoyatlá y ya de ahí los demás pueblos, pero el fuerte era San Pablito (A., Pahuatlán de Valle, agosto de 2007).

Precisamente en 2007 pudimos apreciar la aparición de las primeras casas de empeño en la cabecera municipal, propiedad de empresas foráneas. En los últimos años también se han instalado agencias dedicadas al «financiamiento social» que tienen como blanco privilegiado a las madres de familia. Ambas expresiones de nuevas modalidades de endeudamiento que se combinan con añejas estrategias para hacerse de recursos monetarios, que van desde los préstamos de agiotistas a cambio de onerosos intereses amenazando el limitado patrimonio familiar, hasta las tandas⁵. Recursos desplegados para enfrentar contingencias o gastos imprevistos que el ingreso regular no permite afrontar, a la espera que los envíos de remesas se recuperen.

Los segmentos más favorecidos del municipio, comerciantes, profesionistas y quienes reciben con regularidad remesas de Estados Unidos, viajan a Tulancingo por diversos motivos: estudio, trabajo, realizar trámites de diversa índole, pero sobre todo para comprar. En esa ciudad se ubican una de las más importantes centrales de abastos del centro del país, oficinas gubernamentales, hospitales y clínicas públicas y privadas, fábricas textiles, bancos, universidades y tiendas de superficie de capital transnacional: Wal Mart, Aurrerá, Sam's Club, Soriana, en las que se puede adquirir prácticamente cualquier artículo que satisfaga las ansias del consumidor. Para los que no pueden acceder a este consumo privilegiado hay un abanico de opciones disponibles. Vendedores ambulantes locales y «aboneros» que trabajan para empresas ubicadas en los centros urbanos cercanos recorren el municipio en destartaladas motocicletas ofreciendo utensilios domésticos, muebles y ropa que puede ser pagada en abonos «chiquitos para pagar poquito». Para hacerse de ropa «de marca», aunque sea clonada o de segunda mano, las «pacas»⁶ son una buena opción cuando no se tienen recursos. En Pahuatlán esta ropa es vendida por algunas mujeres en improvisados negocios instalados en sus hogares, actividad que les permite hacerse de ingresos que abonarán al consumo familiar. En los últimos años proliferan las ventas por catálogo, casi siempre realizadas por mujeres que, ilusoriamente, se convierten en sus propios jefes sin descuidar el trabajo doméstico. Lugar aparte merecen los tianguis que, desde años recientes, se instalan en las localidades cada dos meses. En estos mercados itinerantes pueden adquirirse artículos diversos a bajo precio (ropa, calzado, videos, cosméticos, entre muchos otros) que ofrecen comerciantes foráneos aprovechando los recursos que las madres de escolares, sobre quienes recae la responsabilidad del adecuado manejo de estos recursos y cumplir con las tareas que se les exigen a cambio, reciben bimestralmente vía las becas que el Programa Oportunidades otorga a los hijos de familias «en pobreza extrema».

VI. Reflexiones finales

En este trabajo hemos documentado etnográficamente nuevas formas y hábitos de consumo acordes a las cambiantes condiciones en las que emergen y se reproducen nuevas clases de trabajadores en regiones de añeja vocación agrícola, desarticuladas por la deriva privatizadora del campo mexicano desde los años 80 bajo una agenda neoliberal. Hemos focalizado nuestra atención en la centralidad que adquirieron las remesas enviadas

⁵ Forma de ahorro basada en la confianza entre los integrantes de un grupo de personas, casi siempre mujeres, que aportan periódicamente una cantidad de dinero previamente acordada, cuyo monto total dispondrá a su turno cada uno de los participantes.

⁶ Mercancías de diverso tipo (ropa, blancos, zapatos, tenis, juguetes) de segunda mano, fuera de temporada o defectuosa que ingresan por la frontera norte, donde son vendidas por kilo en «pacas», y que son demandadas en todo el país por sectores populares.

desde Estados Unidos en la ampliación del consumo de los hogares en una zona cafetalera del centro de México y mostrado algunos de sus efectos en la economía local.

Las remesas constituyen expresiones de la reconfiguración o extinción de sujetos rurales antes definidos por vínculos corporativos con el estado en su calidad de productores. Se sabe que la migración interna e internacional es selectiva y que no todos los que resultan redundantes logran ser absorbidos por el capital de forma definitiva, ni mucho menos logran transformarse en emprendedores. Nuestros datos indican que la provisión de remesas es inestable y oscilante a lo largo del curso de vida de estos hogares, sumidos en la incertidumbre perenne. De ahí que, frente al abandono del estado mexicano de su ya débil protección de las poblaciones indígenas y campesinas productoras y consumidoras de básicos, desde hace más de 30 años haya desplegado una política compensatoria mediante sucesivos programas de intervención selectiva que, en su accionar, han configurado nuevos sujetos fragmentados, integrantes de una disímbola franja de «pobres extremos». Bajo esquemas de intervención adecuados a los ajustes estructurales, estos programas transfieren buena parte de sus costes de operación a los propios beneficiarios, transformados en consumidores al resultar elegibles, serán corresponsables de sus logros, pero también de sus fracasos. En los hechos, tal apuesta ha resultado en la criminalización de estas poblaciones «vulnerables» sea por la adicción a estas ayudas y/o por la irracionalidad de sus hábitos de consumo, en suma, devienen en «derrochadores» de una riqueza social que ellos no han contribuido a generar.

VII. REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ALARCÓN M. R. (2015). «Digitalización, clase social y formación social electrónica». En FUENTES DÍAZ, A. (ed.) *Conflictos y sujetos emergentes. Episodios en la transformación neoliberal*. México: BUAP-ICSyH, pp. 19-56.
- ÁLVAREZ V. S. (2016). «¿Crisis migratoria contemporánea? Complejizando dos corredores migratorios globales». *Ecuador. Debate*, 97, pp. 155-171.
- APPENDINI, K. (2001). *De la milpa a los tortibonos: la restructuración de la política alimentaria en México*. México: El Colegio de México, Centro de Estudios Económicos, Instituto de Investigaciones de las Naciones Unidas para el Desarrollo Social.
- CALDERÓN ARAGÓN, G. y RAMÍREZ VELÁZQUEZ. B. R. (2002). «De campesino yuntero a jornalero: neoliberalismo y desarrollo en el campo». *Agricultura y espacio rural en Latinoamérica y España: posibilidades y riesgos ante la mundialización de la economía*, pp. 265-322.
- CANTERBURY, D. (2012) *Accumulation and Migration*. Leiden-Boston: Brill.
- CARRERA TREJO, A. (2015). «Desarticulación de la agricultura y turismo mágico en Pahuatlán de Valle. ¿Nuevas formas de configuración del trabajo rural? En D'AUBETERRE, M. E. y RIVERMAR M. L. (ed.). *Lo que dejamos atrás... lo que vinimos a encontrar. Trabajo precario, nuevos patrones de asentamiento en Estados Unidos y retorno a México*. México: BUAP, pp. 31-76.
- CASTELL, Z. (2018). «De fetichismos, labor precarizada y cultura: el caso de la producción de carne de res en el centro de México». *Ciencia. Revista Regional de Divulgación Científica y Tecnológica*, N° 4, año. 2; pp. 75- 93.
- D'AUBETERRE BUZNEGO, M. E. y RIVERMAR PÉREZ, M. L. (2014). «From Amate Paper to Global Work: Otomí Migration from Puebla to North Carolina». *Latin American Perspectives*, vol. 41, núm. 3, pp. 118-136.

- D'AUBETERRE BUZNEGO, M. E. y RIVERMAR, M. L. (ed.) 2014^a. «Aquí en Pahuatlán la migración al norte ya se acabó». Auge y contención de un flujo migratorio en la Sierra Norte de Puebla». En *¿Todos vuelhen? Migración acelerada, crisis de la economía estadounidense y retorno en cuatro localidades del estado de Puebla*. México: BUAP, pp. 165-230.
- D'AUBETERRE BUZNEGO, M. E. y AYALA GALÍ, E. (2011). «Migración, producción artesanal y subsidios a la pobreza». En M. E. D'AUBETERRE Y M. L. RIVERMAR (edi.), *Migraciones en la huasteca poblana. Actores y procesos*. México: BUAP, pp. 93-115.
- DE GRAMMONT, H. C. (2004). «La nueva ruralidad en América Latina». *Revista Mexicana de Sociología*, vol. 66, pp. 279-300.
- FITTING, E. (2011). *The Struggle for Maize. Campesinos, Workers, and Transgenic Corn in the Mexican Countryside*. Durham and London: Duke University Press.
- HARVEY, D. (1990). *La condición de la posmodernidad. Investigación sobre los orígenes del cambio cultural*. Argentina: Amorrortu editores.
- INEGI. (1992) *Tabulados Básicos. Estados Unidos Mexicanos. XI Censo General de Población y Vivienda, 1990*. México: Instituto Nacional de Estadística y Geografía.
- INEGI (2001). *Tabulados Básicos. Estados Unidos Mexicanos. XII Censo General de Población y Vivienda, 2000*. México: Instituto Nacional de Estadística y Geografía.
- INEGI (2010). *Censo General de Población y Vivienda, 2010*. México: Instituto Nacional de Estadística y Geografía.
- KOFFMAN, E. Y RAHGURAM, P. (2015). *Gendered Migrations and Global Social Reproduction*. UK: Palgrave MacMillan.
- LEM, W. (2007). «William Roseberry, Class and Inequality in the Anthropology of Migration». *Critique of Anthropology*, Vol. 27(4), pp. 377-394.
- LI, T. M. (2010). «To Make Live or Let Die? Rural Dispossession and the Protection of Surplus Populations». *Antipode*, Vol. 41(1), pp. 66-93.
- MACIP RÍOS, R. F. (2005). *Somos un país de peones: Café, crisis y estado neoliberal en el centro de Veracruz, México*. México: BUAP.
- NAROTZKY, S. y SMITH, G. (2010). *Luchas inmediatas. Gente, poder y espacio en la España rural*. Valencia: Universidad de Valencia.
- RIVERMAR PÉREZ, M. L. y FLORES MORALES, M. L. (2015). «Migración y explotación: mestizos y otomíes en la industria de la construcción de la costa este de Estados Unidos». En D'AUBETERRE M. E. y RIVERMAR M. L. (ed.), *Lo que dejamos atrás... lo que vinimos a encontrar. Trabajo precario, nuevos patrones de asentamiento en Estados Unidos y retorno a México*. México: BUAP, pp. 77-108.
- RUBIO, B. 2008. «De la crisis hegemónica y financiera a la crisis alimentaria. Impacto sobre el campo mexicano». *Argumentos*, Vol. 21 (57), pp. 35-52.
- SLAGADO T., W. (2016). «América Latina (2002-2013): ¿reversión de las tendencias excluyentes del capitalismo neoliberal?». *Ecuador. Debate*, 97, pp. 25-40.
- SEDESOL. (2015). [En línea]
<http://www.microrregnes.gob.mx/catloc/LdeMun.aspx?tipo=clave&campo=loc&ent=21&mun=109>
- SENNET, R. (2007). *La cultura del nuevo capitalismo*. Barcelona: Editorial Anagrama.

- SINQUIN FEUILLYE, E. (2006). «La otra cara del dólar». En VILLASEÑOR ROCA, B. y MORENO MENA, J. A. (coord.), *Las mujeres en la migración. Testimonios, realidades y denuncias*. México: Albergue del Desierto. Centro de Reintegración Familiar de Menores Migrantes. A. C., pp. 83-114.
- SMITH, G. (2011). «Selective Hegemony and Beyond-Populations with no Productive Function: A Framework for Enquiry». *Identities*, 1 (18), pp. 2-38.
- SMITH, G. y BINFORD, L. (2014). «Leer a Roseberry». En W. Roseberry, *Antropologías e Historias. Ensayos sobre Cultura, Historia y Economía Política*. México: El Colegio de Michoacán, pp. 7-17.
- WARMAN, A. (1972). *Los campesinos, hijos predilectos del régimen*. México: Editorial Nuestro Tiempo.